



Seix Barral

Siri Hustvedt

El mundo deslumbrante





Seix Barral Biblioteca Formentor

Siri Hustvedt

El mundo deslumbrante

Traducción del inglés por
Cecilia Ceriani

HARRIET BURDEN

CUADERNO C (FRAGMENTO DEL DIARIO)

Empecé a hacerlos al año de morir Felix: tótems, fetiches, símbolos, criaturas como él y a veces no tanto, todo tipo de cuerpos extraños que atemorizaban a los niños, a pesar de que ya eran mayores y no vivían conmigo. Sospechaban que estaba desquiciada por el dolor y que aquello era una manifestación de mi estado, sobre todo después de que decidí que algunos de los muñecos debían tener una temperatura tibia, de forma que, cuando los abrazases, pudieses sentir calor. Maisie me dijo que me lo tomara con calma: mamá, es demasiado, tienes que parar, mamá, ya no eres joven, ¿sabes? Y Ethan, fiel a su personalidad, expresó su contrariedad llamándolos «los monstruos maternos», «las cosas de papá» y «*pater horribilus*». Solo a Aven, un bebé maravilloso, le gustaron mis amadas bestias. Por aquella época todavía no había cumplido los dos años y se acercaba a mis criaturas con gesto serio y mucha cautela. Le encantaba apoyar la mejilla contra un vientre tibio y abrazarse a él en un arrullo suave.

Pero será mejor que empiece por el principio y me explique un poco. Escribo esto porque no confío en el tiempo. Yo, Harriet Burden, conocida también como Harry entre mis viejos amigos y entre los nuevos más selectos, tengo sesenta y dos años, no soy vieja, pero ya me encamino al FINAL y me quedan demasiadas cosas por hacer antes de que uno de mis achaques resulte ser un

tumor o una demencia acompañada de pérdida de memoria, o de que un camión fuera de control se suba a la acera, me aplaste contra la pared y deje de respirar para siempre. La vida camina de puntillas sobre un campo minado. Nunca sabemos lo que nos deparará el destino y, si quieren saber lo que pienso, tampoco tenemos claro lo que dejamos atrás. Aunque estoy segura de que somos muy capaces de armar una historia que lo explique y devanarnos los sesos para lograr que todo encaje.

Los orígenes son enigmas. Mamá y papá. El feto flotante. *Ab ovo*. Sin embargo, en la vida existen múltiples momentos que podrían calificarse de iniciáticos; tenemos que reconocerlos simplemente como tales. Felix y yo estábamos desayunando en nuestro piso de entonces, en el 1185 de Park Avenue. Como todas las mañanas, Felix había partido el huevo pasado por agua que tenía delante, asestando con el cuchillo un golpe seco y certero a la cáscara, y se había llevado la cuchara rebosante de clara y yema líquida a la boca. Yo le miraba porque parecía estar a punto de decirme algo. Puso cara de sorpresa durante un instante, la cuchara cayó sobre la mesa y después al suelo, y él se desplomó hacia delante, de tal forma que su frente cayó sobre una tostada untada de mantequilla. La luz tenue que entraba por la ventana bañaba la mesa con su mantel azul y blanco, el cuchillo que Felix había usado reposaba formando un ángulo sobre el platillo de la taza de café; el salero y el pimentero verdes descansaban a solo unos centímetros de su oreja izquierda. No pude haber registrado más que unas milésimas de segundo aquella imagen de mi marido desplomado sobre su plato, pero quedó grabada para siempre en mi mente y todavía puedo verla. Puedo verla a pesar de que, de inmediato, me levanté de mi silla de un salto y le alcé la cabeza, le tomé el pulso, llamé pidiendo ayuda, le hice la respiración boca a boca, recé mis oraciones seculares y confusas, me senté en la parte de atrás de la ambulancia junto a los enfermeros y escuché el ulular de la sirena. A esas alturas ya me había convertido en una mujer de piedra, una espectadora y, al mismo tiempo, una actriz en escena. Lo recuerdo todo

nítidamente, sin embargo una parte de mí continúa sentada en la pequeña mesa junto a la ventana de aquella cocina larga y estrecha, mirando a Felix. Es la parte de Harriet Burden que nunca se levantó de la silla ni prosiguió con su vida.

Crucé el puente y me compré una casa en Brooklyn, que por aquella época era un barrio destartado. Deseaba huir de Manhattan y de su mundo del arte, esa pústula ambulante, adinerada y endogámica, compuesta de personas que compran y venden *objetos* estéticos. Es justo decir que Felix había sido un coloso dentro de ese mundo afectado y que en él yo había sido la artista casada con Gargantúa. Sin embargo, la esposa primó sobre la artista y cuando Felix falleció, a esa élite le importó un bledo que yo me quedase con ellos o los abandonase para marcharme al remoto paraje conocido como Red Hook. Yo había tenido dos marchantes de arte; ambos me habían dejado, uno después del otro. Mi obra nunca se vendió bien y recibió poca atención, pero durante treinta años ejercí de anfitriona para todos ellos (los coleccionistas, los artistas y los críticos de arte), un club de interdependientes tan cerrado y saturado que las identidades de sus miembros parecen fundirse unas con otras. Cuando llegó el momento de despedirme de aquel ambiente, los nuevos nombres «en alza», recién salidos de la escuela de Bellas Artes, habían empezado a parecerme todos iguales, con sus *performances* o su videoarte, su palabrería pretenciosa y sus indescifrables referencias teóricas. Se supone que aquellos jóvenes estaban llenos de esperanza. Pero seguían el ejemplo de los incorregibles, esos imbéciles que escribían para *Art Assembly*, un periodicucho hermético que solía servir regularmente las sobras frías de la teoría literaria francesa a unos lectores tan ávidos como ignorantes. Durante años tuve que hacer tal esfuerzo por morderme la lengua que casi acabo tragándomela. Durante años rodeé la mesa del comedor con paso sigiloso frente al Klee, ataviada con diferentes vestidos, todos ellos excéntricos y de colores vivos, dirigiendo el tráfico con hábiles gestos y sonriendo, siempre sonriendo.

Felix Lord me descubrió en su galería del SoHo a última

hora de la tarde de un sábado mientras contemplaba la obra de un artista desaparecido hace tiempo, pero que tuvo su momento de gloria en la década de los sesenta: Hieronymous Hirsch.¹ Yo tenía veintiséis años. Él tenía cuarenta y ocho. Yo medía uno ochenta y siete. Él medía uno setenta y siete. Él era rico. Yo era pobre. Me dijo que mi pelo parecía el de alguien que hubiese sobrevivido a la silla eléctrica y que tenía que hacer algo al respecto.

Lo nuestro fue amor.

Y orgasmos, muchos orgasmos, en sábanas suaves y húmedas.

Me corté el pelo, muy corto.

Lo nuestro terminó en matrimonio. Mi primer marido. Su segunda mujer.

Lo nuestro fue hablar mucho: de pintura, escultura, fotografía e instalaciones. Y de colores, hablábamos mucho de colores. Nos impregnaban, nos llenaban por dentro. También nos leíamos libros en voz alta y discutíamos sobre ellos. Él tenía una voz preciosa, un poco áspera por los cigarrillos que nunca pudo dejar de fumar.

Lo nuestro fueron hijos. Los pequeños Lord, unos bebés que me encantaba mirar, un placer sensual encarnado en cuerpecitos regordetes y en sus fluidos. Durante tres años, por lo menos, todo se redujo a biberones, caca, pipí, babas, sudor y lágrimas. Era el paraíso. Era agotador. Era aburrido. Era adorable, apasionante y, a veces, curiosamente, muy solitario.

Maisie, maniaca narradora del fluir de la vida, la voz aflautada de la confusión, tan actual, tan en boga. Todavía habla mucho mucho mucho.

1. No existe ninguna declaración documental de un artista con ese nombre. Se desconoce por qué Burden distorsiona el nombre del pintor flamenco del siglo xv Hieronymous Bosch (c. 1450-1516), dándole así un cariz ficticio a una historia autobiográfica. En el Cuaderno G, Burden escribe lo siguiente sobre *El jardín de las delicias*: «quizá fue el gran artista de los límites de lo corpóreo y de sus significados oníricos. Él y Goya».

Ethan, hijo del método, primero un pie, después el otro, sobre un cuadrado del parquet, la contemplación ambulante y exhaustiva del vestíbulo.

Lo nuestro fue hablar de nuestros hijos hasta altas horas de la noche y el olor de Felix, su colonia ligera y su champú de hierbas, sus dedos finos sobre mi espalda. «Mi Modigliani.» Transformó mi rostro largo y poco atractivo en un objeto de arte. *Jolie laide*.

Niñeras, para que yo pudiera trabajar y leer: la gorda Lucy y la musculosa Theresa.

En la habitación que yo llamaba mi microestudio, creé casitas minúsculas y torcidas con todas las paredes escritas. Muy intelectual, dijo Arthur Piggis, que una vez se tomó el trabajo de mirar mi obra.² Cerca del techo colgaban figuras gelatinosas sujetas por alambres casi invisibles. Una de ellas sostenía un cartel que decía: ¿QUÉ HACEN AQUÍ ESTOS DESCONOCIDOS? Allí escribía indignadas protestas que nadie leía, expresaba la furia que ni siquiera Felix entendía.

Felix camino del aeropuerto. Sus trajes alineados en el armario. Sus corbatas y sus negocios. Su colección.

Felix el Gato. Te esperamos la semana que viene en Berlín, con locura, con pasión. Con amor, Alex y Sigrid. Nota en el bolsillo interior de la chaqueta del traje cuando lo llevaba a la tintorería. Rachel dijo que aquella negligencia de Felix era su forma de contarme de la existencia de esas personas sin tener que decírmelo directamente. *La vida secreta de Felix Lord*. Podría ser un libro o una obra de teatro. Ethan, mi hijo dramaturgo, podría escribirla si supiera que su padre había estado enamorado de esa pareja durante tres años. Felix con su mirada ausente. ¿No había amado yo también aquellos ojos indescifrables? ¿No me habían atraído y seducido del mismo modo que habían seducido a otros, no con lo que decían sino con lo que ocultaban?

2. Véase Arthur Piggis, *Notes on Artists, 1975-1990*, Nueva York, Dreyfus Press, 1996.

Primero la muerte de mi padre, después la de mi madre, con un año de diferencia, y todos los sueños angustiosos, montones de ellos, noches enteras, todas las noches, fogonazos que revelaban dientes y huesos y sangre que salía por debajo de innumerables puertas que me conducían por pasillos hacia habitaciones supuestamente conocidas, aunque no fuera así.

El tiempo. ¡Cómo puedo ser tan vieja! ¿Dónde está la pequeña Harriet? ¿Qué pasó con aquella muchacha alta de rizos apretados que estudiaba tanto? Hija única de un profesor y de su mujer (filósofo y abnegada esposa, él protestante, ella judía), matrimonio, no siempre feliz, que vivía en el Upper West Side. Mis frugales padres, de tendencias izquierdistas, cuyo único lujo era adorarme, lo más importante de sus vidas, su carga extragrande que los desilusionó en algunos aspectos, pero no en otros. Al igual que Felix, mi padre cayó muerto antes del mediodía. Una mañana estaba en su estudio y, tras sacar la *Monadología* de su sitio habitual en el estante delante de su mesa de trabajo, su corazón dejó de latir. Después de eso mi madre, que era muy animada y bulliciosa, se fue apagando y se volvió más callada. Vi cómo iba menguando. Parecía empequeñecer día a día, hasta quedar reducida a una diminuta figura que apenas pude reconocer en la cama del hospital y que, llegada su hora final, no era a su marido ni a mí a quien llamaba sino a su madre, una y otra vez.

El duelo de los tres lo viví presa de agitación. Yo era un enorme animal inquieto caminando de un lado a otro sin parar. Rachel dice que ningún duelo es fácil y he descubierto que mi vieja amiga, la doctora Rachel Briefman, suele tener razón cuando analiza casi todos los extraños comportamientos de la psique (su profesión es el psicoanálisis) y es verdad que mi primer año sin Felix fue feroz, vengativo, una explosión de sufrimiento por todo lo que yo había hecho mal y no había sabido apreciar, un gran interrogante entre el amor y el odio que nos abarcaba a los dos. Una tarde tiré a la basura un montón de ropa cara que Felix me había comprado en Barneys y en Bergdorf. La pobre Maisie con su barriga de emba-

razada miró dentro del armario y me dijo lloriqueando que guardase los regalos de papá y que cómo podía ser tan cruel, y me arrepentí de aquel impulso estúpido. Les oculté a mis hijos todas las cosas que pude: el vodka que tomaba para poder dormir, la sensación de irrealidad que me inundaba mientras deambulaba por las habitaciones que conocía tan bien y el hambre terrible de algo que no sabía qué era. No podía ocultar los vómitos. Comía y los alimentos me subían por el esófago y salían disparados, salpicando el retrete y las paredes. No podía evitarlo. Ahora, cuando pienso en ello, vuelvo a sentir la superficie lisa y fría del asiento del retrete mientras me agarraba a él, las arcadas, los desgarradores paroxismos de garganta y estómago. Yo también me estoy muriendo, pensé, desapareciendo. Pruebas y más pruebas. Médicos y más médicos. No encontraron nada. Hasta que llegué a la última escala de la llamada enfermedad funcional, la última antes de una posible reacción de conversión, de un cuerpo que usurpa el habla: Rachel me derivó a un psiquiatra-psicoanalista. Lloré, hablé y lloré un poco más. Mi madre y mi padre, el piso de Riverside Drive, la universidad de Cooper Union. Mis antiguas y frustradas aspiraciones. Felix y nuestros hijos. ¿Qué había hecho?

Y entonces, una tarde, a las tres y diez, justo antes de que acabara la sesión, el doctor Fertig me miró con sus ojos tristes, que habrán visto muchas otras tristezas aparte de la mía y, sin duda, muchas otras tristezas peores que la mía, y me dijo en voz baja, pero con tono enfático: Todavía tienes tiempo para cambiar las cosas, Harriet.

Todavía tienes tiempo para cambiar las cosas.

Los vómitos desaparecieron. No permitáis que nadie os diga que las palabras mágicas no existen.